



Diciembre | 227
2012

Serie Informe

ECONÓMICO

Reflexiones sobre la Crisis Europea y el Estado de Bienestar

Mauricio Rojas M.

ISSN 0717-1536

Mauricio Rojas M. es profesor adjunto de la Universidad de Lund, Suecia, y ex diputado del Parlamento Europeo.

Índice

Resumen Ejecutivo	5
1. La Europa Emergente y la Europa Decadente	7
2. Crisis Europea y Progreso Global	8
3. De la Esclerosis a la Crisis	10
4. La Europa Decadente y la Europa en Crisis	14
5. La Crisis y el Populismo del Estado de Bienestar	16
6. De la Euroeuforia a la Eurocrisis	19
7. Palabras Finales: De la Unión a la Desunión Europea	23

Resumen Ejecutivo

La siguiente Serie Informe Económico contiene la presentación que realizó Mauricio Rojas, ex diputado del Parlamento Europeo y profesor adjunto de la Universidad de Lund, Suecia, en la reciente celebración del 21° aniversario de Libertad y Desarrollo, que tuvo lugar el 22 de octubre pasado.

En su interesante exposición explicó que crisis tan profundas como la que se está viviendo en gran parte de Europa Occidental son producto de un largo periodo de acumulación de problemas y debilidades, causados por “una extensa maraña regulatoria y, sobre todo, el desarrollo acelerado de grandes Estados intervencionistas, cuya función fundamental era la de garantizar el estatus quo y, en especial, una serie de derechos que la población europea supuestamente ya había adquirido de una vez y para siempre. Éste fue el así llamado Estado de bienestar, benefactor o social, que creció desmesuradamente desde la década del 70 hasta transformarse en el corazón de lo que se conoció como Modelo Social Europeo”.

Se trata, a su juicio, de una crisis del modelo europeo-occidental de sociedad, si bien su punto de arranque fue la crisis financiera iniciada en Estados Unidos en 2007-2008. Y destaca que las nuevas generaciones de europeo-occidentales crecieron dentro de la “cultura de los derechos” y fueron a una escuela que les enseñó que la vida era un juego y que no tenían que preocuparse mucho por el futuro porque existía alguien, el Estado de bienestar, que a fin de cuentas se responsabilizaba de su prosperidad. Estos son los “indignados” que hoy vemos en las plazas de Europa Occidental.

La política económica en la mayoría de los países europeos –preferentemente del sur de Europa, pues los países del norte vivieron la crisis con anterioridad y no se han visto ahora tan afectados –se orientó más a defender y distribuir la riqueza ya creada que a fomentar la creación de nueva riqueza. Se hizo por ello conservadora y plasmó una fuerte aversión al riesgo. Y el “Viejo Mundo” se hizo realmente viejo y cada vez más incapaz de brindar aquella seguridad que prometía como premio al inmovilismo económico y social, dice.

Es así que tanto la dinámica como el *timing* de la crisis europea están directamente asociados al auge y caída del Estado de bienestar. Y en este proceso el euro ha jugado un papel clave, ya que generó una apariencia de solidez financiera y seriedad fiscal en sociedades que nunca la habían tenido por sí mismas. El proyecto del euro fue, de comienzo a fin, un designio político que finalmente se impuso contra toda racionalidad económica y, lo que es peor aún, violando los criterios que los propios creadores del proyecto habían diseñado para que esta creación monetaria pudiese existir duraderamente. Pronto la zona euro se transformaría en ese hervidero de

bancarrotas y conmoción social que ha asombrado y preocupado al mundo entero. La expansión del Estado y, en especial, de sus promesas transformadas por la retórica populista en “derechos” crean las condiciones del inevitable descalabro de las finanzas públicas en tiempos de recesión económica.

En palabras de Mauricio Rojas hoy día Europa del Sur está viviendo el despertar traumático del sueño del bienestar garantizado por el Estado y con dinero prestado, pero su despertar manifiesta una diferencia fundamental con lo ocurrido anteriormente en Europa del Norte, donde predominó una tendencia a la unidad, a entender que o estamos juntos y trabajamos juntos o nos hundimos juntos. Ese espíritu, lamentablemente dice, brilla por su ausencia en los países del sur, donde parece que todos luchan por defender sus autoproclamados derechos aunque ello implique la ruina del país. A su juicio Europa debe reaccionar antes de que sea demasiado tarde volviendo a lo básico: la libertad con responsabilidad, el deber que crea los derechos, el individuo y la sociedad civil como protagonistas insustituibles del progreso social duradero, el emprendimiento como soporte del bienestar.

Reflexiones sobre la Crisis Europea y el Estado de Bienestar

1. La Europa Emergente y la Europa Decadente

Me han encomendado una tarea difícil, porque hablar de Europa es hablar de muchas cosas. Europa tiene muchos rostros, es muy diversa y hay que decir, en primer lugar, que no todo es crisis en ese continente. Existe también una Europa emergente, aquella que algún día formó parte de la Unión Soviética y algunos de sus ex satélites. De hecho, según el *Informe de Perspectivas Económicas Mundiales* del FMI de octubre de 2012, los nueve países europeos que formaban la Unión Soviética¹ encabezan el pronóstico de crecimiento para Europa en 2013, con tasas de aumento del PIB que van del 3 al 5,5%. Esto, además, no es cosa de un año aislado, sino que viene produciéndose desde hace algún tiempo, dando muestra del gran potencial que esos países están desplegando al entrar en la órbita de las economías de mercado. Factores como su abundancia de recursos naturales, la calidad de su fuerza de trabajo así como salarios fuertemente competitivos y niveles comparativamente bajos de regulación corporativa ayudan a explicar estos notables índices de dinamismo económico, a pesar de las deficiencias institucionales bien conocidas que caracterizan a muchos de esos países.

También existe un interesante y prometedor “polo báltico de crecimiento”, que reúne a los países de esa región: Polonia, la región rusa de San Petersburgo, la parte norte de Alemania, Dinamarca, Suecia y Finlandia. Aquí se da una combinación muy dinámica de capital abundante y tecnología de punta, provistos por países como Alemania, Suecia o Finlandia, y sociedades enormemente abiertas a la inversión y al cambio, como son las bálticas. Esto forma parte de uno de los hechos de mayor trascendencia futura que están ocurriendo en Europa: una notable reorientación del área germano-nórdica hacia el este europeo, volviendo así hacia lo que podríamos llamar su destino secular, pero ahora no bajo formas de expansionismo militar, sino por medio de la cooperación económica². Ello

¹ Esos países son: Rusia, Lituania, Letonia, Estonia, Bielorusia, Ucrania, Moldavia, Georgia y Armenia.

² Recuérdese el impulso hacia el este que caracterizó a Alemania desde los tiempos de la Liga Teutónica (siglo XIII) hasta la II Guerra Mundial. La misma orientación marcó los destinos de Suecia desde la colonización de Finlandia (siglo XII) y su notable transformación en el imperio dominante del Báltico en el siglo XVII hasta la derrota contra Rusia y la pérdida de Finlandia a comienzos del siglo XIX.

viene a poner fin al sustrato geopolítico de la anomalía histórica que en cierto modo fue la Unión Europea original, producto de una Europa dividida por la Cortina de Hierro y una Alemania Federal volcada hacia el oeste. Esta reordenación de la Europa poscomunista es el tema más interesante acerca del futuro del Viejo Continente, pero en este contexto no podemos adentrarnos en el mismo.

Ahora bien, junto a esta Europa emergente existe también aquella Europa que acapara nuestra atención por las sorprendentes y deprimentes noticias que de allí emanan, una Europa decadente que podemos equiparar a la Unión Europea de los 15 (UE-15) o, en términos latos, a Europa Occidental. Allí también encontramos matices e incluso algunos países de éxito relativo como Suecia, pero lo que predomina es la tendencia al estancamiento y, en algunos casos connotados, a soportar profundas crisis económicas, sociales y políticas.

La zona euro, hoy en recesión, es el epicentro evidente de esta tendencia, con sus crecientes problemas que se han ido extendiendo con fuerza desde países periféricos pequeños y de una importancia económica limitada, como Grecia, Irlanda o Portugal, a naciones de un peso económico considerable, como España o Italia. Incluso Alemania y Francia, es decir, los pilares mismos de la Unión Europea muestran hoy signos claros de contagio con la “euroepidemia” que arrecia en Europa.

2. Crisis Europea y Progreso Global

Entender las razones de fondo de estas turbulencias en una zona que parecía predestinada a la prosperidad y que hasta hace no mucho se autoproclamaba como ejemplo encomiable de estabilidad y progreso, es un ejercicio importante para todos aquellos que no quieran que sus países se vean abocados a un futuro semejante. A este respecto, lo primero que hay que decir es que lo que allí ha ocurrido no sucedió de repente. Crisis tan profundas como la que se está viviendo en gran parte de Europa Occidental son producto de un largo periodo de acumulación de problemas y debilidades que finalmente, cuando se produce algún acontecimiento puntual desencadenante como la crisis financiera del 2008, dan origen a una situación de crisis generalizada.

Esto es importante recalcarlo, ya que existe la tendencia, no menos en Europa, a explicar lo acontecido por causas ya sean externas ya sean

coyunturales. En términos demagógicos, y lamentablemente con un profundo impacto entre amplios sectores sociales, se habla de “los mercados”, el “capitalismo salvaje” o el “neoliberalismo” como causantes de los problemas de Europa. Sin embargo, si algo así fuese cierto prácticamente todo el mundo debería estar sufriendo problemas mucho más serios que los que caracterizan a Europa Occidental con sus economías altamente reguladas y sus grandes Estados que gastan en torno al 50% del PIB de sus respectivos países. Pero esto no es así. La crisis actual coincide con las sociedades democráticas menos “neoliberales” que puedan imaginarse, es decir, más reguladas y con Estados más abultados³. En suma, se trata de una crisis del modelo europeo-occidental de sociedad, si bien su punto de arranque fue la crisis financiera iniciada en Estados Unidos en 2007-2008.

Esto se hace más evidente aún al constatar la vitalidad económica del así llamado mundo en vías de desarrollo, con niveles de crecimiento realmente notables para zonas tradicionalmente tan problemáticas como, por ejemplo, el África Subsahariana. El pronóstico del informe del FMI ya mencionado es muy claro al respecto. Todas las regiones en desarrollo crecerán más del 3,5% en 2013, llegando algunas, como África Subsahariana, la India o los países del este y sudeste asiático a superar el 5%. Esto pone de manifiesto un cambio de escena extraordinariamente significativo a nivel global: se ha roto aquella cadena de transmisión que hacía que las crisis europeas o europeo-estadounidenses tuviesen devastadoras consecuencias en el resto del mundo. Basta comparar los efectos globales de la crisis reciente con la de 1929-33 para aquilatar el cambio acontecido. Entonces, las periferias del sistema global sufrieron un impacto de mucha mayor envergadura que sus centros. Hoy esto no es así, lo que se debe a la existencia de nuevos y muy dinámicos centros económicos, como China, que han tomado el relevo como motores de la economía mundial. En suma, el mundo no solo no está en crisis sino que, muy por el contrario, está viviendo uno de sus períodos más notables de progreso, lo que no hace más que acentuar la peculiaridad de Europa y la necesidad de buscar en su propio desarrollo y estructuras las causas de sus males presentes.

Con este cambio global se viene a poner fin definitivo a una era de la historia universal caracterizada por una hegemonía europea sin precedentes. Se cierran así cerca de cinco siglos que vieron como una periferia poco poblada

³ En la fraseología del neoizquierdismo delirante todo se llama, sin embargo, neoliberalismo; incluso los Estados europeo-occidentales, a pesar de que su gasto fiscal llega a o sobrepasa la mitad del PIB. Un ejemplo reciente es el texto de Aldo Ferrer en *Le monde diplomatique* (noviembre de 2012, edición chilena) titulado *Neoliberalismo, deuda y crisis en la Unión Europea*, según el cual “el relato neoliberal y el Estado neoliberal continúan imperando en el antiguo núcleo de la economía mundial”.

del mundo, Europa Occidental se elevó al rango de potencia mundial indiscutida, conquistando, transformando y haciendo, en cierta medida, “a su imagen y semejanza” al resto del mundo. Hoy se cierra ese sorprendente paréntesis en la marcha de la historia universal, volviendo sus ejes a estar en las grandes naciones asiáticas que en razón de sus notables concentraciones poblacionales habían sido los centros naturales del mundo tradicional. Por ello, lo que hoy ocurre, que no es otra cosa que la marginalización creciente de Europa Occidental en la escena mundial, es un cambio que afecta mucho más que la economía de esa región, llegando a conmover las bases mismas de una identidad europea concebida a partir de su indisputada primacía global. Europa debe hoy volver a asumir su pequeñez y ello no es tarea fácil para quien durante siglos fue la gran *prima donna* de la escena global.

3. De la Esclerosis a la Crisis

Para entender lo ocurrido hay que recorrer unas cuantas décadas de desarrollo europeo o, para ser más concretos, al menos aquellas posteriores al primer *shock* del petróleo de mediados de los años 70, que puso fin al pleno empleo en Europa Occidental e inició una larga era de crecimiento lento en la región. Tal vez el lector recuerde que ya a fines de los años 70 se acuñó el concepto de euroesclerosis,⁴ que apuntaba a las dificultades de Europa Occidental para adaptarse dinámicamente a un nuevo entorno global en rápida transformación. Europa reaccionaba lenta y, sobre todo, defensivamente frente a los cambios, tratando más bien de defender lo que se tenía que de buscar lo que se podía llegar a tener. Sus grupos de poder, entre los cuales los sindicatos así como las asociaciones profesionales y empresariales jugaban un rol destacado, optaron por la protección de sus intereses y sus así llamados derechos, incluso al precio de altas tasas permanentes de desempleo y un crecimiento comparativamente deficitario. De esta manera se confirmaban una vez más las tesis de Mancur Olson, autor del clásico *Auge y Decadencia de las Naciones* (1982), acerca del impacto decisivo de las coaliciones defensivas formadas para defender intereses creados en la decadencia de naciones previamente exitosas.

⁴ El concepto, *Eurosklerose* fue acuñado por el destacado economista alemán Herbert Giersch. Con el mismo aludía al creciente retardo europeo-occidental causado por las regalías excesivas de su “Estado social”, la sobre regulación, los mercados de trabajo rígidos y los diferentes “carteles” que atenazaban la estructura productiva tanto de Alemania como de sus socios de la Comunidad Económica Europea.

Esta actitud defensiva y conservadora se plasmó en una extensa maraña regulatoria y, sobre todo, en el desarrollo acelerado de grandes Estados intervencionistas, cuya función fundamental era la de garantizar el estatus quo y, en especial, una serie de derechos que la población europea supuestamente ya había adquirido de una vez y para siempre. Éste fue el así llamado Estado de bienestar, benefactor o social, que creció desmesuradamente desde la década de los 70 hasta transformarse en el corazón de lo que se conoció como Modelo Social Europeo.

El gran Estado tuvo una serie de características: una enorme capacidad de intervención, regulación y protección de lo existente, pero también se distinguió por los altísimos impuestos que imponía a fin de ampliar su poder sobre la sociedad y su papel de garantizador de una creciente cantidad de derechos y privilegios. De hecho, la carga tributaria en la UE-15 subió de un promedio de 25,8% del PIB en 1965 a un 39,2% en 1990. En 1965, el peso total de los impuestos iba de un modesto 14,7% del PIB en España a un máximo de 35% en Suecia, el país líder en lo que respecta a la expansión del Estado benefactor. En 1990, el peso de la tributación se había más que doblado en España, alcanzando el 33,2%, mientras que en Suecia llegaba al 53,6%. En buenas cuentas, el Estado había pasado a ser el eje de los procesos económicos y sociales de Europa Occidental.

Todo ello llevó a una serie de problemas que se hicieron cada vez más sensibles con el paso del tiempo, como ser la pérdida del incentivo a trabajar o a invertir en educación que se genera cuando los impuestos castigan fuertemente y de manera progresiva a los réditos del trabajo. Pero aún más decisivo en el largo plazo es que las regulaciones defensivas, en particular las relativas al mercado laboral, así como los altos impuestos y la conformación de los mismos, dificultaban y penalizaban severamente el esfuerzo emprendedor de la población europea, su voluntad de crear cosas nuevas, particularmente en el terreno de la nueva economía del conocimiento y la información.⁵

Así, la política económica europea se orientó más a defender y distribuir la riqueza ya creada que a fomentar la creación de nueva. Se hizo por ello conservadora y plasmó una fuerte aversión al riesgo. Esta forma de actuar terminó transformándose en una verdadera cultura de la “seguridad ante

⁵ Como se sabe, los emprendimientos en esta nueva economía se caracterizan por su intensidad en capital humano de alto nivel y por ello se ven severamente penalizados no solo por los altos impuestos progresivos a los réditos del trabajo, así como de los costos generales de contratación, sino también por una orientación de la política tributaria que tendía, de acuerdo a los intereses de las firmas industriales ya existentes, a facilitar las inversiones y, sobre todo, las reinversiones en capital físico, concentrando el peso tributario en aquellas firmas que priorizaban al factor trabajo y en los nuevos emprendimientos.

todo” y de los derechos adquiridos, derechos universales sin una relación directa con el deber o el esfuerzo, donde se pierde el vínculo entre lo que se hace y lo que se logra, entre la responsabilidad individual y lo que se puede obtener de la vida. Todas esas relaciones fundamentales, y los valores sobre los que se fundan, se fueron diluyendo en Europa. Así, el “Viejo Mundo” se hizo realmente viejo y cada vez más incapaz de brindar aquella seguridad que prometía como premio al inmovilismo económico y social.

De esta manera, las nuevas generaciones de europeo-occidentales crecieron dentro de la “cultura de los derechos” y fueron a una escuela que les enseñó que la vida era un juego y que no tenían que preocuparse mucho por el futuro, porque existía alguien, el Estado de bienestar, que a fin de cuentas se responsabilizaba de su prosperidad. Éstos son los “indignados” que hoy vemos en las plazas de Europa Occidental, pidiendo derechos que ya nadie puede darles. Son las grandes víctimas de las promesas vanas del Estado de bienestar y su desilusión es manifiesta, así como también lo es su creciente frustración frente a lo ocurrido. Nacieron bajo el síndrome del “almuerzo gratis” y el progreso asegurado (por otros), y su embotamiento mental les impide hoy comprender cosas tan evidentes como que todo derecho tiene un costo y aún menos que ese costo se llama deber, esfuerzo duro y cotidiano, responsabilidad personal y voluntad innovadora. Por ello buscan chivos expiatorios, como los mercados, el neoliberalismo o, cada vez más, los malos alemanes, personificados por Angela Merkel⁶.

Ahora bien, para ilustrar más concretamente lo que el desarrollo europeo ha significado en pérdida de capacidad generadora de riqueza bastan dos cifras: 26 y 1. Veintiséis son las empresas que se han creado en California desde el año 1975 en adelante y que están hoy dentro de las 500 mayores del mundo. Por su parte, en toda la zona euro, con más de 300 millones de habitantes, se ha creado apenas una empresa desde el año 75 que esté en esta categoría. Ése es el resultado condensado de estructuras y una cultura que no premia el esfuerzo, que no premia el emprendimiento, que no aplaude el enriquecimiento legítimo y que hace de la defensa del estatus quo y la redistribución igualitarista su principal afán. Al respecto quisiera recomendar encarecidamente la lectura del notable reportaje publicado en *The Economist* del 28 de julio de este año bajo el significativo título de *Les misérables*, que no son otros que los nuevos emprendedores europeos. Su pregunta clave es “¿por qué Google no fue creada en Alemania?”, tal como solía ocurrir hace un siglo con las empresas líderes a nivel mundial. La

⁶ Es notable ver como el tradicional antiamericanismo europeo-occidental se ha transformado en Europa del Sur en un cada vez más evidente “anti alemanismo”. El malo de la película ya no es el Tío Sam, sino el Tío Hans.

respuesta es simple: Europa lo ha impedido con su enjambre de regulaciones y sus altos impuestos, así como con su cultura igualitarista que tanto contrasta con la estadounidense y que estigmatiza el éxito económico legítimo y condena socialmente a quienes lo representan⁷.

Hay muchos ejemplos similares, como el cerca de medio millón de científicos, técnicos y emprendedores europeos de primera línea que han buscado en los Estados Unidos el lugar donde realizar sus sueños. El artículo citado de *The Economist* menciona los 50.000 alemanes residentes en Silicon Valley o las 500 nuevas iniciativas empresariales de franceses en la Bahía de San Francisco. Este exilio empresarial y creativo de muchos de sus mejores talentos no solo le cuesta a Europa una pérdida significativa de prosperidad (evaluada anteriormente por *The Economist* en un 0,5% de su PIB al año), sino que en gran medida explica, lisa y llanamente, su lugar cada vez más alejado del liderato mundial. Éste es el precio que Europa se auto impone en aras de la creencia vana de que puede mantener su bienestar impidiendo en vez de fomentando el cambio.

Para poder observar con más precisión cómo la Europa estatista frustra sus propias posibilidades de desarrollo podemos hacer notar la discrepancia notable que existe entre los altos niveles de innovación, particularmente en los países germano-nórdicos, y su escaso éxito emprendedor en relación a su potencial. Mirando la estadística internacional de familias de patentes triádicas⁸ vemos que países como Suecia, Finlandia, Dinamarca, Alemania u Holanda aventajan a los Estados Unidos en patentes registradas per cápita, situándose en niveles muy altos en perspectiva comparativa. A su vez, Francia o Bélgica no están muy lejos del nivel estadounidense. Esto muestra que existe un potencial innovador que no se realiza en la propia Europa o que, de realizarse, no lleva a éxitos empresariales comparables con los de Estados Unidos o de algunos países asiáticos. Esa diferencial es un índice claro de lo que la Europa del gran Estado, el intervencionismo y la sobre regulación pierde en razón de una organización institucional cada vez más adversa al cambio y el emprendimiento.

⁷ El empresario europeo sigue siendo por definición sinónimo del explotador. El estadounidense, por el contrario, es el héroe arquetípico del sueño americano realizado. En el fondo, se trata de dos concepciones del mundo: la socialista y la liberal, la de la igualdad en el estancamiento o la pobreza y la del progreso mediante el riesgo y el éxito personales.

⁸ Alude al hecho de estar registradas simultáneamente en Estados Unidos, Europa y Japón.

4. La Europa Decadente y la Europa en Crisis

Ahora bien, éste es un resumen muy breve del panorama general de Europa Occidental, pero existen también, como es hoy evidente, grandes diferencias entre los países que la conforman. Simplificando, vemos una Europa del Norte, con sus componentes germano-nórdicos y anglosajones, que sigue manteniéndose a flote y una Europa del Sur en profunda crisis. Hay muchas maneras posibles de explicar esta diferencia. Se trata de culturas e historias que distan mucho unas de otras, pero en este apartado me limitaré a apuntar dos diferencias de fondo absolutamente decisivas: la base productiva y la calidad de las instituciones. En el apartado siguiente destacaré una tercera diferencia de gran importancia que hace al desarrollo mismo del Estado de bienestar y sus tendencias populistas.

La diferencia en cuanto a la base productiva puede resumirse diciendo que existe una Europa –la germano-nórdica y, en parte, la anglosajona– que participa y puede seguir participando en una especialización internacional marcada por la excelencia productiva, el conocimiento de punta y niveles relativamente altos de innovación. Llamaremos a esta especialización intensiva en conocimiento, para distinguirla tanto de aquella especialización basada en la intensidad del factor trabajo (propia, por ejemplo, de Asia del Sur y del Este) como de aquella intensiva en recursos naturales (bien ejemplificada por América Latina, África y gran parte del Oriente Medio). Por su parte, Europa del Sur ni participa ni tiene posibilidades realistas de llegar a participar en esa especialización intensiva en el conocimiento y la innovación que caracteriza a las naciones del norte europeo. Se trata de economías semidesarrolladas que han llegado, por diversas circunstancias –entre las que se cuenta una notable burbuja de endeudamiento–, a gozar de niveles de consumo propios de sociedades más avanzadas que hoy se hacen insostenibles al no poseer una base productiva correspondiente.

Su éxito se debió, en gran medida, al desplazamiento de capitales, tecnologías y empresas de Europa del Norte hacia un sur aún competitivo por sus costos laborales y las ventajas que le daba su participación en el mercado común europeo. Basaron por ello su crecimiento en industrias ya maduras tecnológicamente, como la automovilística o la del calzado y confecciones, y en un desarrollo extensivo de los sectores tradicionales y de baja productividad asociados al turismo y la construcción. Hoy, la posibilidad de profundizar o de siquiera defender en el mediano plazo esta inserción en la división internacional del trabajo se hace cada vez más difícil por la aparición de grandes competidores dentro y fuera de Europa, combinada con

el aumento absolutamente auto destructivo de los costos salariales, las regalías laborales y los niveles impositivos en las naciones del sur de la UE. A ello debe sumársele una carga regulatoria que ha combinado la herencia fascista-corporativista de estos Estados con las nuevas regulaciones propias del Estado de bienestar. Las regulaciones del mercado laboral español son características en este sentido, combinando de manera absolutamente desastrosa la herencia franquista con la deriva prebendaria del sindicalismo socialista hoy dominante.

Demos algunos ejemplos acerca de las notables diferencias que existen dentro de la EU-15 respecto de su potencial como economías del conocimiento y la innovación. Miremos primero el indicador que resume todos los demás en esta materia: la cantidad per cápita de patentes internacionales relevantes o, como se las llama, familias de patentes triádicas. Según las cifras para 2009 de la Oficina Mundial de la Propiedad Intelectual (OMPI) los alemanes⁹ registraban 6 veces más patentes per cápita que los italianos, 14 veces más que los españoles, 35 veces más que los portugueses y 70 veces más que los griegos. La comparación con Suecia era aún más chocante: los suecos registraban 8 veces más patentes per cápita que los italianos, 19 veces más que los españoles, 48 veces más que los portugueses y 97 veces más que los griegos. Países como Francia o Reino Unido ocupaban, a su vez, una posición intermedia en este sentido¹⁰.

Podemos profundizar en esta materia utilizando otro de los indicadores más relevantes a este respecto: la excelencia comparativa de las universidades de los diversos países. De acuerdo al conocido *QS World University Ranking* para 2012-2013 no hay una sola universidad italiana, española, portuguesa o griega entre las 150 mejores del mundo, cosa única entre los así llamados países desarrollados y que pone en evidencia la debilidad fundamental de los países del sur europeo para sostener sus abultados niveles de bienestar. Finalmente, si miramos *The Global Competitiveness Report 2012-2013* del World Economic Forum constatamos que la posición de los países ya aludidos en cuanto a la calidad de su sistema educacional secundario, superior y de formación profesional es la siguiente dentro de un total de 144 países estudiados: Portugal 61, España 81, Italia 87 y Grecia 115. Se trata de niveles que ubican a los países del sur de la Unión Europea en una posición muy por detrás incluso de muchas economías emergentes.

La segunda diferencia de fondo que quisiera destacar se refiere a las instituciones, aspecto clave de todo desarrollo económico y social sostenible,

⁹ Alemania ocupa en cuarto lugar en el ranking internacional, después de Suiza, Japón y Suecia.

¹⁰ Recordemos sí, como ya se indicó, que parte de este potencial innovativo no se realizará en Europa Occidental dadas sus trabas al emprendimiento.

tal como desde hace décadas lo viene señalando la investigación histórico-económica. Aquí encontramos nuevamente a las sociedades del sur de la UE en una situación que guarda poca relación con el resto de la Unión. Esto puede ser constatado mirando diversos rankings internacionales, como el de corrupción percibida de las instituciones públicas realizado anualmente por Transparency International o el ya citado *Competitiveness Report* donde la medición de la calidad institucional ubica a Portugal en el lugar 46, a España en el 48, a Italia en el 97 y a Grecia en el 111 (Suecia ocupa el lugar 6 y Alemania el 16 de los 144 países estudiados; Chile está en el lugar 28).

Estas deficiencias institucionales alcanzan niveles simplemente escandalosos cuando se refieren al sector público, mostrando el enorme daño potencial agregado que una expansión estatal puede implicar en países donde lo público y lo corrupto muchas veces son vistos como sinónimos. Me limito a dar dos ejemplos del *Competitiveness Report*. En malversación de fondos públicos de 144 países, Portugal ocupa el lugar 45, España el 53, Italia el 85 y Grecia el 119. En despilfarro de los recursos públicos tenemos los siguientes resultados: España el lugar 106, Italia el 126, Portugal el 133 y Grecia el 137. Es decir, mucho más cerca de países como Venezuela (143) y Argentina (136) que de Suecia (lugar 8), Finlandia (9), Holanda (13) u otros países del norte de la UE. Al respecto no está demás indicar que Chile ocupa un notable décimo lugar, resumiendo lo que es, junto a su economía abierta, su ejemplar manejo macroeconómico, sus multifacéticos recursos naturales y su gran ventaja comparativa: su excelente calidad institucional.

Estos datos nos muestran con claridad que más allá de las políticas públicas, los aspectos coyunturales o los monetarios existen al menos dos Europas dentro de la UE-15, separadas por un abismo estructural e institucional que es decisivo para entender las enormes disparidades respecto de las perspectivas futuras existentes en el seno de la UE y las inevitables tensiones que ello genera.

5. La Crisis y el Populismo del Estado de Bienestar

Las diferencias estructurales ya apuntadas no obstan para constatar, como ya se destacó, la existencia de un elemento común en la UE-15: el gran Estado intervencionista y garantizador de una multitud de derechos. Tanto la dinámica como el *timing* de la crisis europea están directamente asociados al auge y caída del Estado de bienestar. Esto también explica la intensidad de los problemas en los Estados del sur de Europa, que son aquellos que han

llegado más recientemente y con un ímpetu desbocado al gran Estado benefactor. Sin embargo, lo que estas sociedades están viviendo no es, en el fondo, más que una repetición, concentrada y dramática, de las situaciones críticas que ya anteriormente habían golpeado a las sociedades del norte europeo que fueron pioneras en cuanto a la expansión de las funciones y el peso del Estado¹¹.

Por ello mismo, las sociedades del norte europeo fueron forzadas a emprender importantes procesos de reforma de sus grandes Estados y de flexibilización de sus estructuras económicas que hoy las hacen relativamente más resistentes a los problemas que afectan al conjunto de Europa Occidental. Esto se hace especialmente notorio al analizar la carga regulatoria gubernamental que afecta a las diversas economías de la EU-15, donde, de acuerdo al *Competitiveness Report*, países como Finlandia (6) o Suecia (31) están en la tercera parte de países con menor carga mientras que España (120) o Italia (142) se ubican claramente en la tercera parte con mayor carga regulatoria de las 144 naciones estudiadas, mientras que Alemania (72) se sitúa en una posición intermedia.

Veamos un poco más en detalle este proceso de desarrollo del Estado de bienestar dada su gran importancia para entender la dinámica subyacente y el *timing* de la crisis europea. Para ello tomaremos el caso de Suecia, país que aventajó a todos los demás en expansión estatal y que, justamente por ello se vio abocado hace ya unos veinte años a una seria crisis muy similar en muchos aspectos a la que hoy viven España, Italia o Portugal.

Suecia experimentó, a partir de los años 60, un crecimiento sin precedentes de su sector público. En apenas dos décadas, entre 1960 y 1980, el gasto público se duplicó, pasando del 30% del PIB al 60%. A su vez, el empleo público casi se triplicó y la carga tributaria pasó del 28 al 46% del PIB. El impuesto marginal para las rentas más altas llegó en 1979 al 87%, para estabilizarse en los años 80 en torno al 85%. Al mismo tiempo, aumentaban los subsidios de todo tipo, llegándose a situaciones donde trabajar podía implicar un detrimento económico¹².

¹¹ Ya en 1985 la carga tributaria igualaba o superaba en 40% del PIB en Europa del Norte, con la única excepción de Alemania con el 37,2%. Por su parte, en ese entonces España, Portugal y Grecia tenían niveles tributarios por debajo del 30% del PIB y en Italia se llegaba solo al 33,6%.

¹² Esto se hizo bastante común entre los sectores de rentas más bajas, donde el salario que se podía llegar a obtener no compensaba la reducción o pérdida simultánea de subsidios más los costos asociados al hecho mismo de trabajar (transporte, vestimenta adecuada, comer fuera de casa, etc.). Este fue un claro ejemplo de aquellas trampas de la pobreza creadas por el Estado de bienestar que llevaban a ciertos sectores sociales a preferir no trabajar o hacerlo de manera informal en vez de trabajar legalmente. Esta conducta se extendió mucho entre grupos de inmigrantes con familias numerosas y, por ello, con derecho a niveles de subsidio muy substanciales.

Este desarrollo tuvo una serie de consecuencias inevitables, particularmente manifestadas en un fuerte deterioro del incentivo a trabajar y al emprendimiento. Sin embargo, lo más sensible de este desarrollo fue la vulnerabilidad creciente de un sistema fiscal que hacía promesas cada vez más generosas a su población, basado en aquello que en sueco se llama *glädjekalkyl*, es decir, “cálculos alegres”, apoyados en la premisa de que los buenos tiempos y el pleno empleo durarían eternamente. Esto creó una dinámica populista, donde gobernantes y gobernados se dejaban llevar por el sendero de las promesas fáciles, creando una ilusión de seguridad frente a la indefensión o la falta de trabajo que solo podía ser mantenida mientras las situaciones de indefensión o carencia laboral fuesen excepcionales.

Este populismo del Estado de bienestar –que embriaga naturalmente a gobernantes encantados de poder ofrecer siempre más y mejores regalos (éste es el “síndrome del viejito pascuero” o *jultomte*, como se dice en sueco) y a los gobernados que encantados votan por gentes tan ilimitadamente generosas–, está en la base de los excesos que llevan a las sociedades que viven bajo los grandes Estados benefactores de la decadencia paulatina a la crisis súbita. Esto pasó primero en Suecia, luego en otras sociedades del norte europeo y ahora está pasando en las del sur de Europa, que han sido las últimas en llegar al ilusionismo del Estado de bienestar y que se lo han creído con un entusiasmo propio del carácter latino-mediterráneo.

En Suecia, la ilusión populista se quebró dramáticamente a comienzos de los 90, cuando el pleno empleo, que había durado casi cinco décadas, se transformó en un alto nivel de desempleo. Este cambio fue producto, como acostumbra a ser en estos casos, de una recesión internacional que puso en evidencia las debilidades acumuladas de las viejas industrias suecas de exportación ante la presencia de nuevos competidores. Esto desencadenó un brusco aumento de la cesantía –que pasó del 2 al 12% en tres años– que llevó el gasto público a sobrepasar el 70% del PIB en 1973 mientras la recaudación fiscal caía. Ello puso en evidencia el *bluff* del Estado de bienestar: sus promesas de seguridad frente a eventuales situaciones de carencia o indefensión no pudieron cumplirse justamente cuando más se necesitaban. La seguridad prometida se esfumó cuando el exceso de gasto dio origen a un insostenible déficit fiscal que llegó a superar el 10% del PIB, conduciendo a la caída estrepitosa del viejo y tan afamado “modelo sueco”. A partir de entonces se abre un notable proceso de reducción del tamaño del Estado, desregulación, cooperación público-privada y privatización que ha transformado a Suecia en la economía de la UE-15 que mejor ha resistido a los problemas actuales. Así, el país que encabezó la marcha hacia la debacle del Estado de bienestar tradicional encabeza hoy el camino hacia su modernización, disminuyendo su tamaño y con ello su vulnerabilidad,

rompiendo los monopolios públicos a través de la libertad de empresa y de elección ciudadana, limitando y condicionando los subsidios de todo tipo, y tratando de restablecer, mediante rebajas tributarias, los incentivos al trabajo y al emprendimiento.

Crisis de alguna manera parecidas, si bien menos severas, a la de Suecia afectaron a Alemania, Dinamarca, Finlandia u Holanda, obligando a estos países a moderar y hacer algo más dinámicos sus grandes Estados así como a alivianar su carga regulatoria (especialmente en lo referente al mercado de trabajo) y tributaria. No fueron en sí mismas reformas de suficiente calado como para poder revertir las tendencias al estancamiento anteriormente señaladas, pero les han permitido a estas sociedades enfrentar la actual situación de crisis en condiciones mucho mejores que las del sur de Europa.

6. De la Euroeuforia a la Eurocrisis

La desgracia de los países del sur de Europa es que llegaron al gran Estado benefactor y a la sociedad de los derechos hace no mucho y bajo condiciones que invitaban al desenfreno. En ello, el euro jugó un papel clave, ya que generó una apariencia de solidez financiera y seriedad fiscal en sociedades que nunca la habían tenido por sí mismas. Ello se conjugó con un momento de recesión en Alemania que presionó las tasas de interés a la baja y creó excedentes de capital invertibles que se orientaron hacia las periferias del sur (e Irlanda) creando una serie de burbujas –crediticia, inmobiliaria, salarial, migratoria, política y de derechos–, que terminó llevando a la bancarrota generalizada que hoy observamos.

De esto se pueden aprender varias lecciones interesantes no solo sobre los peligros del dinero barato o del populismo del Estado de bienestar, sino más esencialmente sobre las letales consecuencias del voluntarismo o “constructivismo” político, como diría Hayek. El proyecto del euro fue, de comienzo a fin, un designio político que finalmente se impuso contra toda racionalidad económica y, lo que es peor aún, violando los criterios que los propios creadores del proyecto habían diseñado para que esta creación monetaria pudiese existir duraderamente. Al final, el prestigio de algunos así llamados grandes estadistas, como Kohl, Mitterrand o Chirac, forzaron una unión monetaria que hoy está inquinando la convivencia entre los pueblos de Europa y poniendo en riesgo la existencia misma de la UE. Milton Friedman resumió muy bien este destino contraproducente del euro en un artículo

señero de agosto de 1997, titulado *The euro: Monetary unity to political disunity?*, que por su clarividencia me permito citar:

“El impulso hacia el euro no ha tenido motivos económicos, sino políticos. Su finalidad ha sido atar a Alemania y Francia de una manera tan estrecha que haga una futura guerra europea imposible. Yo creo que la adopción del euro tendrá el efecto opuesto. Exacerbará las tensiones políticas al convertir los shocks divergentes, que fácilmente podrían haber sido manejados mediante ajustes en la tasa de cambio, en materias de desunión política. La unidad política puede pavimentar el camino de una unidad monetaria. La unión monetaria impuesta bajo condiciones desfavorables demostrará ser una barrera para alcanzar la unidad política.”

De hecho, en mayo de 1998, cuando los países del futuro euro debían demostrar que cumplían las condiciones fijadas por el *Pacto de estabilidad y crecimiento*, solo un país, Luxemburgo, lo hacía. Hoy día, el único país que lo hace es Finlandia. Estas condiciones se referían, entre otras cosas, al déficit fiscal (que no debía superar el 3% del PIB) y la deuda pública (no superior al 60% del PIB), así como a la tasa de inflación (con una variación máxima de un par de puntos porcentuales respecto de los países de menor inflación). En buenas cuentas, se trataba de exigencias alemanas y holandesas, cuyo propósito era asegurarse de que el euro no se convirtiese en un paraguas de confianza que permitiese la irresponsabilidad fiscal que se suponía vendría de las economías del sur europeo. Así sería en el futuro, pero hay que señalar que los primeros que rompieron con la regla del déficit fueron nada menos que Alemania y Francia, países que además impidieron que se aplicasen las penalizaciones consideradas para estos casos. Con ello sentaron un precedente simplemente desastroso para el futuro de la unión monetaria, cuyas reglas no han sido desde entonces más que “papel mojado”, relajándose o incumplándose cada vez que han sido puestas a prueba.

Para las sociedades del sur de Europa el euro significó, ya desde mediados de los 90 cuando se definió concretamente su introducción, el poder disponer de dinero abundante y barato, con tasas de interés muy por debajo de las que tradicionalmente debían pagar (11-12% para España, Italia y Portugal y cerca del 20% en el caso de Grecia en 1995) y que en ciertos casos hacían de facto insignificante o incluso negativo el costo real del crédito. Esto desató un espiral de endeudamiento, en especial de las familias, empresas y otros actores privados, que elevó el endeudamiento total a niveles récord. En el caso de España, la deuda total privada y pública pasó de representar un 150% del PIB a mediados de los 90 al 400% en torno a 2010 (siendo una

tercera parte deuda externa). Ello posibilitó una expansión sin precedentes del consumo en general y del sector inmobiliario en particular. Lo que conllevó no solo un aumento notable del precio de los inmuebles, sino también una caída muy significativa de la tasa de desempleo y un aumento vertiginoso de la inmigración. A su vez, el gasto público y las promesas del Estado de bienestar aumentaron exponencialmente gracias a una recaudación fiscal que crecía rápidamente de año en año. Todo parecía ir de maravillas, pero con credibilidad y dinero ajenos.

Lo más notable del crecimiento así inducido fue su carácter extensivo, es decir, basado en una incorporación de mayores cantidades de factores productivos (capital y trabajo) y no en mejoras de productividad. De hecho, Italia y España registran entre 1995 y 2010 algo tan sorprendente en la historia económica moderna como un crecimiento económico sostenido coincidente con una evolución negativa de la productividad total de los factores. Esto fue acompañado de un alza constante de los salarios y los costos laborales, lo que fue minando la capacidad competitiva de las economías del sur, en particular respecto de la economía alemana donde se había aplicado una vigorosa política de contención salarial y mejoramiento de la eficiencia productiva desde el gobierno del canciller socialdemócrata Gerhard Schröder (1998-2005). De hecho, según los datos de la OCDE los costos laborales unitarios en Alemania eran inferiores en 2008 al nivel alcanzado en el año 2000. Por su parte, entre 1995 y 2007 ese costo se había incrementado un 30% en Italia, un 40% en España, un 42% en Portugal y un 61% en Grecia.

Este desarrollo llevó a una balanza comercial fuertemente deficitaria en los países del sur de Europa a la vez que se producían significativos superávits comerciales en los del norte. En 2007 España tenía un déficit comercial correspondiente al 10% de su PIB, y en Grecia el déficit llegaba a más del 14%. Por su parte, ese mismo año Alemania exhibía un superávit del 7,4% y Suecia del 9,2%.

En suma, todos estaban encantados: españoles, griegos, italianos y portugueses consumían como nunca antes, mientras que, entre otros, alemanes y suecos exportaban como nunca. Todo parecía ir tan bien que la Comisión Europea se permitió decir en mayo de 2008 que “Europa se ha convertido en un oasis de estabilidad macroeconómica”. Y el jefe del Banco Central Europeo (BCE), Jean-Claude Trichet, no pudo contener su entusiasmo el 2 de junio de ese mismo año, en su discurso conmemorando la primera década del BCE, haciendo mofa de los euroescépticos y llamando a celebrar “el éxito extraordinario” de la nueva divisa.

Sin embargo, a pesar de las palabras eufóricas de los dirigentes europeos el momento de la verdad ya había llegado para el euro. Pronto la zona euro se transformaría en ese hervidero de bancarrotas y conmoción social que ha asombrado y preocupado al mundo entero. Por cierto que la misma construcción del euro, la falta de seriedad para aplicar sus propias reglas, el desarrollo dispar de economías estructuralmente muy diferentes que debían ser regidas por la misma política monetaria y los desequilibrios macroeconómicos ya mencionados, han jugado un papel de primera línea en la debacle de la zona euro. Ahora bien, más allá de ello observamos una evolución de la crisis misma que nos obliga a volver una vez más nuestra atención hacia ese gran factor de vulnerabilidad que es el gran Estado benefactor. Lo que definitivamente separa el desarrollo de la crisis europeo-occidental de aquella que con intensidad variable afectó a muchas otras partes del mundo en 2008-2009 es el posterior desencadenamiento de una profunda crisis fiscal, que hoy es el epicentro de los problemas europeos más agudos.

Esta crisis fiscal no es otra cosa que una réplica de lo acontecido en Suecia veinte años antes y sus causas son, en esencia, las mismas. La expansión del Estado y, en especial, de sus promesas transformadas por la retórica populista en “derechos” crean las condiciones del inevitable descalabro de las finanzas públicas en tiempos de recesión económica.¹³ Los “cálculos alegres” que llevaron al Estado de bienestar sueco a la bancarrota fueron sobrepasados con creces por los Estados del sur europeo, espoleados por políticos aún menos escrupulosos y votantes deseosos de recibir más y más derechos y prebendas. Así se construyeron generosos sistemas de protección social y pensiones que luego se derrumbaron como un castillo de naipes. Así se ampliaron también las nóminas funcionariales y los partidos políticos de izquierdas o derechas vieron a sus castas dirigentes dotarse de privilegios realmente exuberantes. El sobrio populismo del Estado de bienestar nórdico fue remplazado por una verdadera rebatiña por derechos y las prebendas. Y aquí no hubo inocentes: todos jugaron a ser vivos y les fue exactamente como al país de la viveza por definición, Argentina.

La evolución de la crisis nos deja una lección más. El gran Estado pierde toda capacidad de actuar contracíclicamente, de acuerdo a la receta keynesiana clásica, cuando se sobre expande convirtiéndose en un factor

¹³ En casos como los de España o Irlanda la expansión estatal no implicó un aumento del peso porcentual del gasto fiscal en relación al PIB, debido al rápido crecimiento de este último. Sin embargo, el aumento del gasto público en estos países durante los cinco años que precedieron al estallido de la crisis –55% en España y 75% en Irlanda– supera al de Portugal (35%) y de Grecia (50%), para no hablar del resto de la UE-15.

clave de vulnerabilidad económica. Los fuertes déficit que se disparan apenas cambia de signo la coyuntura –especialmente en países con tendencias estructurales a generar altísimas tasas de cesantía, como España– lo obligan rápidamente a seguir una política fiscal restrictiva, algo que hoy se ha transformado en el punto focal de la crisis europea y que genera fuertes reacciones sociales y corporativas. A su vez, cualquier eventual política fiscal expansiva choca con las altas tasas de interés que los mercados exigen hoy a países de bajísima credibilidad crediticia. Actualmente, países como España se debaten en una difícil encrucijada entre el creciente descontento social y la necesidad de combatir el déficit fiscal a fin de no endeudarse más y parar así el aumento dramático del costo de la deuda. De hecho, cerca de una tercera parte del presupuesto del Estado central español –lo que equivale a unos 38 mil millones de euros– se destinará en 2013 a cubrir el costo de su deuda.

7. Palabras Finales: De la Unión a la Desunión Europea

Hoy día Europa del Sur está viviendo el despertar traumático del sueño del bienestar garantizado por el Estado y con dinero prestado, pero su despertar manifiesta una diferencia fundamental con lo ocurrido anteriormente en Europa del Norte, donde predominó una tendencia a la unidad, a entender que o estamos juntos y trabajamos juntos o nos hundimos juntos. Ese espíritu, lamentablemente, brilla por su ausencia en los países del sur, donde parece que todos luchan por defender sus auto proclamados derechos, aunque ello implique la ruina del país. Esta tendencia a la desunión alcanza ribetes extremos en un país como España, donde la amenaza del secesionismo catalán se ha actualizado de una manera que ha trastocado toda la escena política nacional, transformando la crisis económica en una crisis en que está en juego la existencia misma de España.

Pero la desunión no solo es interna. Lo más lamentable del escenario europeo actual es que se está confirmando plenamente la advertencia premonitrice de Milton Friedman: ese gran proyecto de paz y amistad entre los pueblos de Europa que fue la UE está siendo minado por una crisis donde todos culpabilizan a otros y quieren que el vecino pague, donde los del sur quieren que paguen los ricos del norte y los del norte ven a sus socios del sur como desvergonzados derrochadores. Esto es una verdadera tragedia, porque se está generando una agresividad entre los europeos que es directamente lo opuesto a lo que se perseguía, y en gran parte se había

logrado, con la UE. Sin embargo, esto es un resultado lógico de las grandes ilusiones hoy frustradas que creó el populismo del Estado de bienestar y de haber forzado la Unión más allá de lo que era razonable.

En este contexto, la respuesta de las dirigencias europeas ha sido apostar por lo que se denomina “más Europa”, lo que es un eufemismo para decir más “Bruselas”, más euroburocracia y superestructuras alejadas del sentir de los pueblos de Europa. Si esta deriva se concreta a costa de la soberanía popular y nacional la desunión europea no hará sino potenciarse al profundizarse aquel sentimiento, ya tan extendido, de que todo se decide en un lugar distante y fuera de todo control democrático. De ser así, se abrirían las puertas para nuevos populismos y nacionalismos cada vez más agresivos y xenófobos. De esa manera, Europa volvería a ver renacer sus viejos fantasmas, aquellos que se creía ya bien sepultados en un pasado que parecía más remoto de lo que realmente estaba.

Éste es el sabor amargo y tremendamente preocupante que nos deja la saga europea del gran Estado y el voluntarismo político. Ojalá que Europa sepa reaccionar antes de que sea demasiado tarde volviendo a lo básico: la libertad con responsabilidad, el deber que crea los derechos, el individuo y la sociedad civil como protagonistas insustituibles del progreso social duradero, el emprendimiento como soporte del bienestar. A su vez, la Unión Europea solo encontrará su salvación retornando a aquellas cuatro libertades básicas que en su mejor momento definieron a gran parte de Europa Occidental como un ámbito de libertad y movilidad. Para ello, debe desmontar gran parte de las superestructuras políticas y regulatorias que han terminado sofocando al proyecto europeo. El euro también está entre aquello que, con toda probabilidad, deberá desaparecer para que Europa no naufrague, aunque ello cueste un elevadísimo precio inicial. Como dicen los alemanes y los nórdicos, más vale un final de horror que un horror sin final. Así, lamentablemente, están las cosas por la vieja Europa y es de esperar que otros no se embarquen en el camino que la ha llevado a sus males presentes.